

Ideologies and Literature is supported in part with grants from the following sources at the University of Minnesota:

College of Liberal Arts
Alumni Association of the
University of Minnesota
College of Liberal Arts
and University College
Graduate School
Research Development

Patrons:

Fom Conley
University of Minnesota

Alan and Cheryl Francis
Boston, Massachusetts

John Beverley
University of Pittsburgh

Lydia D. Hazera
George Mason University

Stephen Burmeister
Macalester College

Inman Fox
Knox College

Hector F. Torres-Ayala
Smith College

Claudia Schaefer
Paul Rodríguez-Hernández
Rochester, New York

Susan Kirkpatrick
University of California, San Diego

Paul C. Smith
Univ. of California, Los Angeles

James Pan
Univ. of Southern California

Rosanne Potter
Iowa State University

Eduardo Forastieri
University of Puerto Rico

Alfredo A. Roggiano
University of Pittsburgh

Jean Franco
Stanford University

Michael P. Predmore
University of Washington

Elias Rivers
SUNY, Stony Brook

Robert Brody
University of Texas, Austin

Bertha and Samuel Baker
Rockville Centre, New York

Beth Miller
Univ. of Southern California

La Literatura del Caribe: Una Perspectiva Unitaria

Heana Rodríguez

University of Minnesota

Pocas áreas dentro de la literatura Latinoamericana han sido tan poco estudiadas como la región antillana o del Caribe. Quizás esto se deba a los errores conceptuales y a las deficiencias metodológicas de la historiografía liberal, responsable de las primeras historias literarias. Heredera de los patrones conceptuales impuestos por el pacto colonial, esta historiografía se limitó a investigar la porción continental hispanoamericana, e ignoró todas las regiones continentales pobladas, gobernadas y conquistadas por otros imperios que, consecuentemente, hablaban una lengua diferente. Pero este corte entre lo hispánico y lo otro, que tenía al parecer pleno sentido en el caso de las colonias norteamericanas independizadas de Inglaterra, debido a que su desarrollo económico y cultural las hacía radicalmente diferentes del resto del continente, no tuvo el mismo sentido en el caso de la región antillana o del Caribe; pues el desarrollo colonial dependiente de esta área, más bien la acercaba a la experiencia hispánica del continente. Quizás esto explica parcialmente porqué, a partir de finales de la década de los cincuenta del presente siglo, las ciencias sociales y literarias hayan empezado a cuestionar dicha conceptualización, y se plantearan por ende una redefinición conceptual del área.¹

En un artículo seminal titulado "The Caribbean as a Socio-Cultural Area,"² Sidney Mintz decía, en una nota a pie de página, que era engañoso agrupar a las islas del Caribe con el resto de Latinoamérica; y, como para reforzar su posición, citaba el caso curioso de las dificultades que tenían algunos programas extranjeros para la América Latina en decidir si un becario que intentaba trabajar en el Caribe no hispánico, debía ser realmente considerado un latinoamericanista. En cambio, Julio Le

Riverend, en su artículo "Afroamérica,"³ hablaba de la zona negra que, "situada básicamente en la costa Atlántica de los dos continentes. . . se extiende de norte a sur, desde el estado norteamericano de Virginia hasta la ciudad de Río de Janeiro, casi sin solución de continuidad, abarcando las Antillas de Cuba a Curazao."⁴ Así se encontraban sumariamente presentadas dentro de una conceptualización unitaria del Caribe las dos respuestas parciales a esta cuestión: una hacía explícita la separación; la otra, las incorporaba a él.

Lo que en realidad facilitó una concepción unitaria del área, fue el reconocimiento de la base agrícola-industrial típica de la economía de plantación que, unida a la importación de la mano de obra africana, fue la fuente de riqueza principal de la sociedad esclavista, la cual otorgó su carácter *sui generis* a la región. Esta base en común explica también los cambios estructurales que sufrió esa economía a lo largo del siglo XIX. La decadencia económica, debida a factores complejos resulta, como dice Le Riverend, "del surgimiento del capitalismo industrial y del desarrollo consiguiente de las otras zonas coloniales,"⁵ así como de la decadencia del sistema esclavista debido a la "imposibilidad de combinarlo con un desarrollo capitalista—altamente mecanizado y técnico—de las industrias."⁶

Ya desde la década de los treinta Ramiro Guerra había articulado tres propuestas fundamentales con respecto a esta preocupación unitaria. Partiendo del dato empírico de la población de las islas, predominantemente blanca en las Antillas Españolas, y mayoritariamente negra en las colonizadas por otras naciones decía que: 1) "el latifundio azucarero es responsable de esta sustitución de una población por otra;" 2) "el proceso de sustitución se desarrolla conforme a un ciclo siempre igual, requiriendo una transformación previa de la propiedad;" 3) "lo fundamental del hecho consiste en crear una organización social y económica inferior de explotadores y explotados, siendo en realidad la cuestión racial enteramente secundaria." No estamos, pues, concluía, "en presencia de una cuestión de razas, sino de un régimen de explotación de la tierra que divide a la población en dos grupos."⁷ De esta formulación sacaba su concepto de unidad regional insular: "Se trata de numerosas islas, cada una de las cuales se ha desarrollado independientemente, constituyendo un microcosmos," pero "ciertos factores constantes de transformación social, como son el régimen de la propiedad y el latifundio azucarero, han operado en cada una de ellas aisladamente, produciendo un ciclo de acontecimientos siempre idénticos, en igualdad de circunstancias."⁸

En los sesenta, en el mismo artículo citado anteriormente, Mintz hizo también un esfuerzo por conceptualizar la unidad del Caribe, desarrollando una serie de características que a su vez definían procesos sociales en todas y cada una de las islas. Ellas eran las siguientes: 1) "ecología insular sub-tropical; 2) extirpación rápida de la población indígena; 3) definición de las islas como una esfera del capitalismo agrícola europeo, y el sistema de plantación; 4) desarrollo concomitante de estructuras sociales insulares, en las que la organización local comunitaria interna era poca, y las clases nacionales agrupadas usualmente toman un aspecto polar, sostenido por el dominio externo y la aguda diferenciación en cuanto al acceso a la tierra, la riqueza y el poder político, y el uso de diferencias físicas para marcar las diferencias sociales. . . ; 5) el continuo juego entre la plantación y la pequeña propiedad agrícola, con los efectos socio-culturales que le acompañan; 6) las sucesivas olas migratorias de nuevas poblaciones extranjeras. . . ; 7) la ausencia prevalente de una ideología de identidad nacional. . . ; 8) la persistencia del colonialismo, o del ambiente colonial. . . ; 9) el alto grado de individualización. . ."⁹

Aunque estas categorías han sido sometidas a debates constantes por los especialistas del área, y muchas de ellas han sido puestas en cuestión, ellas constituyen un punto de partida para la discusión de los problemas conceptuales que enfrentan tanto las ciencias sociales como las literarias.¹⁰ De hecho, la investigación literaria tomó parte en este debate. La preocupación por una conceptualización unitaria empieza también a inquietar a los críticos literarios en la década de los cincuenta. El antillanista G.H. Coulthard fue uno de los primeros en expresar esta preocupación. Formulaba él la pregunta en forma de una disyuntiva: ¿Existía una literatura del Caribe, o existía sólo una literatura escrita en el Caribe?¹¹ Durante esa misma década Jorge Mañach hacía eco a su pregunta cuestionando más concretamente si había algo "que daba unidad, o por lo menos homogeneidad regional" a las literaturas de los países del Caribe, algo que se pudiera pensar como el común denominador de la región, más allá de lo meramente geográfico.¹² José Antonio Portuondo, moviéndose en dirección de una respuesta, anotaba los temas dominantes de la literatura del Caribe en la primera mitad del siglo, como medio de aclarar las posturas de los literatos hacia los problemas peculiares de lo que él llamaba, concediéndose licencias poéticas, "mediterráneo americano."¹³ Y a finales de la misma década, Jacques Stephen Alexis insinuaba por primera vez en forma sistemática y conceptual, la posibilidad de una concepción de la cultura por zonas.¹⁴

Lo interesante de la preocupación de los cincuentas, manifiesta implícita o explícitamente en estos críticos literarios, era el presentimiento de que para estudiar la literatura antillana o del Caribe, había primero que llegar a una conceptualización de su unidad. Y como era de esperarse, el primer intento fue insatisfactorio, le faltó sistema. No se llegó entonces a pensar en los conceptos básicos necesarios para entender esta región: no se llegó siquiera a pensar en sus fronteras. Coulthard, por ejemplo, ofrecía una definición vaga, intuitiva y sentimental que se quedaba en "un aire de similaridad de los antecedentes históricos, del ambiente humano, de la flora y de la fauna, del paisaje y de las condiciones climáticas."¹⁵ Definición que antecede a las categorías conceptuales de Mintz, que también empezaba por lo geográfico. Mañach y Portuondo, fieles a su sentido hispanoamericano, fueron más allá de la definición insular y pensaron en el litoral continental concibiéndolo como parte de esa totalidad regional. Sin embargo se les notaba insatisfechos porque querían salir de su visión meramente topográfica, natural.

Mañach, por ejemplo, planteaba la cuestión de la inoperabilidad conceptual de pensar la región en términos puramente geográficos; pero concluía sin embargo, que sí existía por lo menos lo que él llamaba una afinidad regional. Y como prueba de su existencia unitaria ofrecía hechos igualmente trascendentes pero imprecisos tales como el de que los países del Caribe fueran referidos como tal por las repúblicas latinoamericanas del sur. Añadía, además, dos o tres observaciones que es preciso recordar: a) el sentido de indiferencia o distancia con que las otras repúblicas latinoamericanas nombran el área; b) el grado menor de integración de sus economías; c) la necesidad de interpretar la literatura del Caribe a través de la sociedad.¹⁶ Según él, el hecho de que la naturaleza continuara siendo un reto, producía el conflicto hombre tierra, tan fecundo en los tipos y prototipos literarios de las literaturas de Colombia y Venezuela. Por otra parte, el camino lento hacia la integración del proceso democrático, explicaba, según Mañach, la sobrevivencia del liberalismo romántico, y la emergencia temprana de las ideas colectivistas. Con estos fundamentos, la literatura del Caribe era pues de naturaleza didáctica y militante, y "aunque más nacionalista y menos cosmopolita que las del Sur—decía—muestra menos arrogancia y sueña un sueño más universal."¹⁷

Portuondo ponía el dedo en la llaga al hablar del Caribe o las Antillas en función del imperio americano. Decía que aunque los Estados Unidos (y consiguientemente los imperios anteriores también) consideraban al Caribe como una unidad, las colonias

primero y las repúblicas latinoamericanas después, con sus espaldas al mar, se ignoraban mutuamente. Así, constituyendo mundos separados, sin siquiera conocer sus costas, las gentes del Caribe vivían ignorantes de la existencia propia. Sin embargo, continuaba, en 1885 y 1922, se hicieron intentos de unir, de crear una Federación Centroamericana, y en 1939, por primera vez en forma sistemática, la gente del Caribe se reunió a discutir sus problemas en común.¹⁸ Según toda apariencia, la intención de Portuondo era apuntar cómo esta absurda situación económico-política, repercutía en la literatura, resultando en la ausencia del Caribe como unidad. No hay, decía él, ni "un poema, ni una novela del Caribe como totalidad;" pues él no es todavía un *mare nostrum*; "sus banderas extranjeras y sus lenguas," todavía mantienen la división. "Pero la idea de la unidad persiste."¹⁹

Stephen Alexis partía de la situación haitiana en particular, singularizando los aportes constitutivos de su cultura. Entre ellos, los tres principales eran el aporte taíno indígena, el aporte africano, y el aporte occidental francés. En la simbiosis de estos tres elementos venía él a encontrar lo esencial, substancial, singular de la cultura de la isla. Pero luego, para no quedarse corto, hacía una lista de todos los procesos históricos que las islas tenían en común: población e inmigración, su estado feudal, pre-capitalista, la dependencia económico-política, ciertas reacciones sentimentales frente a lo real que ofrecen semejanzas asombrosas. Y proseguía diciendo que no era de sorprender que la confluencia de las diversas culturas nacionales nos hicieran asistir en el mundo actual al principio de la constitución de las culturas zonales que sería la etapa superior de las culturas nacionales.²⁰

Este pensamiento fecundo no tuvo seguidores inmediatos. Los críticos literarios, los escritores, y en fin, todo aquel conjunto de productores de cultura que en la actualidad tratan de abrir el camino y la investigación para que se conozca y reconozca esta producción, siguieron el camino nacional y se dedicaron a recopilar la literatura antillana del presente siglo. Sin embargo, existen excepciones extraordinarias entre las cuales se pueden contar la de críticos historiadores y literatos, tal el caso de Edward Brathwaite y Maximilien Laroche,²¹ que han llevado a cabo estudios concretos sobre la literatura jamaicana y haitiana del siglo XIX, respectivamente, y las de Roberto Márquez y A. J. Seymour. El primero intenta una síntesis caribeña fuera de la tradición liberal, y contribuye a la diseminación de la literatura con su esfuerzo manifiesto en la publicación de la revista *Calibán*;²² Seymour también con su concepción unitaria del Caribe.²³ A pesar de todas las limitaciones conceptuales, los esfuerzos por descongelar el

área, por darla a conocer, son, aunque limitados, valiosos. Para dar una muestra es menester mencionar, entre muchas otras, las contribuciones de Andrew Salkey, Silvia Wynter, Jacqueline Kaye, Sandra Drake, en lengua inglesa; Marsye Conde, Lillian Kesteloot, Guy Levilain, Rene Depestre, Jean Price Mars, Jacques Chevrier, en lengua francesa; Lisa Davis, Iris Zavala, José Luis Sánchez, Isabel Hernández de Norma, Doris Sommer, en lengua española, junto a otros esfuerzos, mucho más articulados y productivos, ya institucionalizados, como son los del equipo cubano a través de su revista *Casa de las Américas*, y de sus publicaciones en el campo literario, histórico y sociológico. También hay que mencionar los esfuerzos de otras revistas tales como *Savacou* y *Bim*, y los programas radiofónicos de Marson y Swanzy en la BBC de Londres que tanto dieron a conocer la literatura antillana en lengua inglesa.²⁴

En su gran mayoría, sin embargo, estos estudiosos han dado a la literatura del Caribe una respuesta parcial, escribiendo sobre la literatura antillana del siglo XX, en lengua inglesa, francesa, española. Así pues, al subdividir el área de acuerdo a su identidad lingüística, sujetan a la literatura de las islas a su vieja concepción colonial, estudiándolas según la división impuesta por el pasado imperial y por el pacto colonial. La diferencia sin embargo radica en que ya se manifiesta en ellas una conciencia y una voluntad de materializar una concepción que ponga al Caribe en el mercado de la producción cultural y le retribuya su estatuto histórico, perdido por la ignorancia de la concepción liberal o liberalizante.

En un esfuerzo por avanzar un poco más en el proceso de esta concepción unitaria de la literatura, desde una perspectiva material, el 18 de noviembre de 1978, tuvo lugar en Minneapolis una conferencia sobre la literatura del Caribe. Organizada por el *Instituto de Ideologías y Literatura*, dicha conferencia vino a reflejar la visión metodológica y conceptual del Instituto en su aproximación a la producción literaria. Así pues, ella reunió a los investigadores de las ciencias sociales y las humanidades, en un proyecto que se propuso como tarea inicial aprovechar las experiencias de las dos décadas anteriores para continuar la discusión, e incluso elaborar un proyecto de trabajo que demostrara en concreto tanto en la teoría como en la práctica la posibilidad de la comprensión de la literatura del Caribe como totalidad, y que pusiera a su vez en circulación sus textos.²⁵

La singularidad y originalidad de tal reunión se hace evidente, pues, en el contexto de la investigación del área de la que hemos venido hablando. De hecho, las ciencias sociales habían ya reunido en algunas ocasiones a los investigadores para dilucidar

un sin número de cuestiones tópicas respecto a la economía de las plantaciones y al pluralismo cultural; la crítica literaria, que yo sepa, no había dado este paso. La conferencia de noviembre, entonces, partió de una formulación conceptual unitaria, que iba más allá de los límites arbitrarios de la lengua y la nacionalidad, y que sentaba las primeras bases para una discusión similar dentro del terreno literario. De tal manera, se invitaron representantes de los diversos componentes lingüísticos del área en Francés, Inglés y Español, e incluso se hicieron esfuerzos infructuosos para traer un crítico o escritor que representara el Caribe Holandés.

Los participantes, en su gran mayoría compartían el esquema conceptual y organizativo de la conferencia, y estuvieron de acuerdo con las líneas generales de las presentaciones principales en los campos históricos y literarios a cargo de Franklin Knight y Roberto Márquez respectivamente. Los trabajos presentados cubrieron un amplio espectro de la problemática literaria en relación con el desarrollo histórico, material, yendo desde la variedad de géneros y asociaciones y grupos literarios del siglo XIX, hasta la producción del siglo presente que muestra líneas de continuidad sincrónica y diacrónicamente. También hubo esfuerzos por teorizar el concepto de "pluralismo cultural," el proceso de creolización, así como el cuestionamiento de la extensión misma del área que toca las costas continentales a menudo olvidadas, vista a través de movimientos específicos tales como el populismo y la negritud. Hubo también instancias de relacionar la situación política del colonialismo a la producción literaria, más tratamientos de escritores concretos y tópicos particulares, sin olvidar, por supuesto, el gran cambio estructural a todos niveles que está llevando a cabo la Revolución Cubana. De hecho, la presencia constante de la Revolución Haitiana del XIX, fue el fondo sobre el que se recortaron y proyectaron las circunstancias tópicas de la historia del Caribe que en nuestro siglo empiezan a encontrar resolución en el proceso cubano.

El aporte principal en las ciencias sociales, consistió en el planteamiento de la historia desde un punto de vista económico social, que hizo hincapié en romper el círculo vicioso de la historiografía europea y norteamericana tradicional, de sus parámetros, sus puntos de referencias, para sentar las bases de una historia orgánica del Caribe. Así pues, muy dentro de la mejor tradición de los estudios del área realizados en este siglo, se empezó por cuestionar las cronologías y su significado, realizados en este siglo, llegando a rechazar la perpetuación de la dependencia metodológica que implica trazar el origen del área a ciertas fechas claves tales como 1492. Hubo también el intento de rechazar la

concepción de la historia que no ve el proceso lento, sino más bien pone su atención en la sucesión de acontecimientos. Desde luego se estuvo de acuerdo en romper con la tradición prevalente de una zona balcanizada, ya que el área, incuestionablemente variada, tiene más elementos en común que dispares. Se trajeron a colación conceptos análogos de pluralismos culturales que no impiden ver la unidad intrínseca de ciertas zonas como por ejemplo la europea, o de ciertas naciones, divididas internamente en regiones como España.

Además, se hizo eco a teorías firmemente establecidas en lo que toca a los diferentes patrones de asentamiento y de los tres tipos de sociedades a que dieron lugar: a) la sociedad sedentaria, que intenta reproducir el microcosmos europeo; b) la sociedad de explotación, que fue la dominante, orientada hacia la producción de artículos tropicales y hacia el encadenamiento de la economía local con la economía atlántica mundial; c) la sociedad "marginal," trans-fronteriza, que intenta presentar alternativas a las dos primeras, y que caracteriza a sociedades como las de los bucaneros y cimarrones. El desarrollo de estas sociedades no es diacrónico. Su existencia temporal en ciertas islas, las diferentes etapas en que aparece, cuestiona desde luego, el concepto del desarrollo lineal de la historia. En realidad, el concepto más utilizado para referirse a la historia del Caribe fue el de *systadial*, que significa que etapas semejantes en el desarrollo ocurren en todas las islas en momentos diferentes, etapas relacionadas con el desarrollo de la producción cañera, así como con la resistencia de la masa a las contradicciones creadas por dicha producción. Porque, claro está que, si los resultados concomitantes de la sociedad de explotación fueron la sociedad esclavista y pluralista, el corolario de éstas fué la rebelión. De hecho, se apuntó que incluso los patrones de asentamiento fueron influenciados por la resistencia de los aborígenes. Esta militancia, que vino más bien a resultar en un cambio cultural que en un demográfico, como se creó engañosamente, vino a tener su paralelo en un estadio más alto de desarrollo a fines del siglo XVIII en la Revolución Haitiana. Esta fue sin duda un punto de referencia constante que vino a ser complementado, como ya indiqué anteriormente, al final de la conferencia con la mención de la Revolución Cubana, cuyas estructuras sociales han impulsado en el terreno educativo, desde la alfabetización hasta el intento estructural que propugna lo que Alexis llamaba apropiadamente "cultura zonal."

Otros dos conceptos que tuvieron resultados fructíferos fueron los de a) la formación del Estado, que no se debe confundir con b)

la formación del sentimiento nacional. En la medida que estos dos procesos fueron el resultado de los movimientos de la masa, organizados por aquéllos que tenían la convicción de que la humanidad hace su propio destino, ellos representan una contribución autóctona y original al proceso histórico universal. En resumen, pues, lo unitario de los procesos histórico-sociales establecido al principio de la conferencia sentó las bases para la discusión literaria que partió de aquí. En este caso como en el anterior, se trazaron las líneas generales de desarrollo, comenzando por la aseveración de la unidad de la Civilización Antillana, de la identidad de su tradición popular, expresada en las diversas variantes locales, enriquecidas por la variedad y amplitud lingüística. La literatura refleja una ética particular y unas premisas y dilemas que cubren un sentido idéntico de colectividad de la experiencia histórica. Es pues ésta una literatura de identidad histórica que se expresa en diversas lenguas; y esta búsqueda de la identidad es el primer elemento de unidad que enfrenta al sujeto con la historia, con la recuperación del paisaje. Las fronteras son, pues, artificiales, legados del colonialismo. No obstante, de todos los países antillanos, Cuba es el único que tiene una coherente política antillana cultural, que está contribuyendo a la propagación de los textos literarios, cuyo nivel de circulación es todavía tan bajo, que previene su identificación y conocimiento, y contribuye a perpetuar la visión insular. Se apuntó también la persistente negligencia del área encarnada en una tradición pedagógica, cuyos *curricula* y estructuras departamentales excluyen el área del Caribe. Por tanto, parte de la investigación consiste en materializar la voluntad de dar a conocer los textos al público en general, y de poner a los escritores en contacto, a fin de darlos a conocer. Entre los tópicos de discusión más relevantes que encontraron respuesta interesada en los participantes se encuentran los siguientes:

1) La problemática de la lengua. Lengua en el sentido de medio o vehículo de expresión que nos ha dividido, que ha perpetuado la visión colonial de las Antillas. Lengua también en el sentido de tradición y resistencia, por ejemplo, el *creole*. Lengua en el sentido formal e informal, que expresa la división de clase y que plantea, desde luego, el problema de la difusión. Quedó en claro que una visión unitaria tiene que reordenar las prioridades pedagógicas y empezar a enseñar y manejar varias lenguas para romper las barreras lingüísticas que impiden la toma de conciencia de la zona como totalidad.

2) El concepto de identidad visto desde la perspectiva ideológica, descriptiva, de la condición social y de la condición histórica. La

identidad no es vista como categoría permanente, estática, sino más bien como proceso, en todo su dinamismo. La identidad está también relacionada con el concepto del pueblo, concepto que se desarrolla históricamente, y que adquiere un contenido concreto. Identidad también en el sentido histórico, referida a la formación de los estados nacionales y luego al sentido de comunidad zonal.

3) La relación entre política e ideología, y política y vida cultural. Se problematizó sobre el concepto de *Creole*, y se apuntaron sus diferentes acepciones: a) como lengua; b) como categoría estética y cultural, y finalmente c) como categoría política, en el sentido de desarrollo de conciencia nacional, de formación de estructuras necesarias para implementarla.

4) La gran problemática de la inmigración, el trasplante hacia las capitales metropolitanas, Londres, París, Nueva York. El flujo de gente fue examinado a la luz de las teorías de expulsión y atracción, tan corrientes y abundantes en los recientes estudios sobre los movimientos migratorios. Se puntualizó cómo las mismas estructuras que crean la dependencia económica y el imperialismo, expulsan por igual al trabajador y al intelectual, los que, al emigrar, trasplantan las contradicciones locales a los viejos o a los nuevos centros metropolitanos, ya que la población migratoria vive predominantemente en los guetos. La diáspora caribeña, que tiene sus raíces en la búsqueda del sustento, crea, irónicamente, condiciones para desarrollar el sentimiento de unidad, ya que en el extranjero, todos los isleños son vistos como iguales. Sin distinciones de clase, todos son por primera vez en la metrópolis Caribes. Así, pues, el concepto de clase se confunde y funde con el de raza, nacionalidad. Esto explica porqué, de esta migración han salido corrientes caribes de suma importancia dentro del campo conceptual y literario, entre ellas, la negritud, movimiento de inmigración que es no obstante considerado como movimiento indígena. No se dejó de matizar esta problemática mencionando el sentido radicalmente diferente de la migración del siglo XIX, cuya naturaleza de clase era más homogénea y cuya necesidad política tenía prácticamente la misma raíz. En resumen, se dijo que en el extranjero, el inmigrante toma paulatinamente conciencia de sí, primero como clase y raza y nacionalidad, y luego como ser integrado a una zona, e incluso, en algunos casos, como producto de una ligazón intercontinental, que es el caso del despertar del concepto del Pan-Africanismo, en el cual la gente puede reconocer su origen.

5) Se mencionó la variedad de géneros, la homogeneidad y heterogeneidad en el desarrollo desigual de las distintas formas literarias del Caribe, desde los libros de viajeros y diarios de

residencia de las plantaciones, hasta las novelas y poemas. Se reconoció en esta variedad la tradición cultural caribeña, que viene desde la época del descubrimiento y se prolonga hasta el presente siglo, en el que los géneros vienen a refinarse, a adquirir sus contornos distintivos. Se anotó también el caso peculiar de la homogeneidad de la calidad de la producción poética del Caribe.

6) Se hizo hincapié en la tarea del crítico y se identificó su labor en el contribuir a que la literatura sea un proceso de toma de conciencia de sí, en el ayudar a los escritores a conocerse entre sí, a darse cuenta de que existe una fertilización literaria cruzada, que en diversas lenguas expresa un proceso semejante, literatura de conjuntos que hace referencia a los mismos problemas concretos. Dar a conocer a los escritores entre sí, es, pues, contribuir al proceso de concientización del área como unidad, es hacer que los unos reconozcan en el trabajo de los otros sus propios problemas e inquietudes.

Todos estos tópicos, como es de esperarse, fueron tratados de manera superficial, sin profundizar en ellos. La tarea de investigarlos, sin embargo, daña sin duda impulso a los estudios del Caribe, que se encuentran en la actualidad poco menos que en su infancia. Por otra parte, aunque se discutió el problema de los límites del área, quedaron básicamente fijadas las dos posturas mencionadas con anterioridad: una se apegaba al concepto insular, más fácil de manejar; la otra, más compleja, llamabábase *circum-caribeña*, e incluía el litoral del continente. En realidad, a pesar del intento por incluir la región del litoral, no se habló de la literatura centroamericana y colombiana, y apenas se mencionó la venezolana y la de Guayana. La conferencia concluyó con la formulación de una serie de proyectos y sugerencias entre los que se anotaron los siguientes tópicos concretos, localizados, como el tópico de la *Yard* en la literatura en lengua inglesa, una bibliografía anotada, un glosario temático, un diccionario de autores, y unas antologías del material literario. Se concluyó que éste último proyecto tenía prioridad en los estudios del campo, ya que cuando se quiere enseñar la literatura del área no se cuenta ni siquiera con los textos.

Los intentos concretos de trabajo, unidos a una concepción clara del área y al conocimiento de la producción literaria de la misma, expresan la necesidad de integrar estas letras a la producción continental. Diálogos de esta naturaleza indican la continuación de esta preocupación a la que sin duda los estudiosos del Caribe darán poco a poco su respuesta.

NOTAS

1. Dentro de la bibliografía que se ha dedicado a estudiar el Caribe como unidad, podemos citar los siguientes textos: Vera Ruben, *Caribbean Studies: A Symposium*, (University of Washington Press, 1957-1960); Pitman, F. W., *Plantation systems of the New World* (Washington D.C., 1959); *Publications in Anthropology* (Yale University Press), ed. por Sidney Mintz. Todos estos textos son ejemplos de las preocupaciones teóricas de las ciencias sociales respecto a los estudios del Caribe. La Universidad de Florida en Gainesville, ha dedicado una serie de 17 volúmenes al Caribe. Ellos incluyen tópicos de naturaleza variada, desde estudios concretos sobre México, Venezuela y Colombia, hasta estudios sobre tópicos como la cultura, la política, los recursos naturales, la salud. La perspectiva que predomina es, en líneas generales, la del Departamento de Estado, y en algunos casos, la visión de la Guerra Fría. Sin embargo, ocasionalmente han invitado a colaborar a gente muy conocedora del campo, tales como Portuondo, Mañach, Gordon K. Lewis, Ragatz, etc. Desde el punto de vista ideológico y metodológico, su equipo de trabajo es entonces fundamentalmente diferente del que incluyen los otros textos bibliográficos aquí citados. No obstante, los volúmenes son interesantes en la medida que expresan una concepción unitaria que incluye grandes porciones nacionales del continente.

2. Sidney Mintz, "The Caribbean as a Socio-Cultural Area," *Cahiers d'Histoire Mondiale*, IX (1966) pp. 912-937.

3. Julio Le Riverend, "América," *Casa de las Américas*, Habana, Cuba Vol. 6, (36-37), Mayo-Agosto, 1966, pp. 23-31.

4. *Ibid.*, p. 23.

5. *Ibid.*, p. 25.

6. *Ibid.*, p. 28.

7. Ramiro Guerra, *África y Población en las Antillas*, La Habana, 1976, p.

8. *Ibid.*, p. 19.

9. Mintz, "The Caribbean" p. 915.

10. Como ejemplo de la polémica que los investigadores del Caribe han establecido entre sí, ver George L. Beckford, "Plantation Society: Toward a General Theory of Caribbean Society," en *Savacou*, 5 (June, 1971) pp. 5-25, y Edward Brathwaite, *Cultural Omen* (Kingston, 1971).

11. G. R. Coulthard, *Caribbean Literature* (London, 1966), p. 10. Ver como Lowell J. Ragatz repite las mismas preguntas. El dice: "Is a distinctive Caribbean Civilization emerging... Is there a school of Caribbean writers, who are its leaders, what is the nature of their work, what is their philosophy, what are their unique contributions to world literature?" Ver Lowell J. Ragatz, "The Study of Recent and Contemporary Caribbean Dependencies History," en *The Caribbean: British, Dutch, French, United States*, ed. por Curtis Wilgus (Gainesville, Florida, 1951), p. 323.

12. Jorge Mañach, "Literary Homogeneity in the Caribbean," *The Caribbean at Mid-century*, ed. A. Curtis Wilgus (Gainesville, Florida, 1951) pp. 213-215.

13. José Antonio Portuondo, "Caribbean Literary Themes in the Last Fifty Years," en *The Caribbean at Mid-Century*, ed. A. Curtis Wilgus (Gainesville, Florida, 1951) pp. 256-262.

14. Jacques Stephen Alexis, "Du réalisme merveilleux des Haïtiens," *Presence Africaine*, No. 8-10, (Juin-Novembre, 1956) pp. 215-271.

15. Coulthard, *Caribbean* p. 10.

16. Mañach, "Literary Homogeneity" p. 214.

17. *Ibid.*, p. 215.

18. Portuondo, "Caribbean" p. 257.

19. *Ibid.*, p. 258.

20. Alexis, "Du réalisme" p. 258.

21. Edward Brathwaite, "Creative Literature of the British West Indies during the Period of Slavery," *Savacou*, 1 (June, 1970) pp. 16-73. Maximilien Laroche, *Haïti et sa Littérature* (Montreal, A.G.E.U.M., 1963).

22. Ver la revista *Calibán*, ed. Roberto Márquez. La revista está en su segundo volumen, no. 3.

23. A. J. Seymour, *Caribbean Literatures*, (British Guiana, 1951). Este es un estudio breve, informativo, con una perspectiva unitaria que refiere incluso a trabajos de compilación de textos que incluyen a Centro América, así como a programas radiofónicos que han tratado de poner a la literatura del Caribe en circulación.

24. *Ibid.*, p. 5.

25. Las ponencias y los trabajos presentados en esta conferencia, junto con la discusión, están actualmente en proceso de edición para ser publicados.